

Entre el estructuralismo y su *post*: modelos de significación en Roland Barthes

Ricardo GARCÍA MURILLO

Universidad de Granada

Recibido: 26/10/2009

Aprobado: 21/12/2009

Resumen

La obra de Roland Barthes se ha prestado a muy heterogéneas clasificaciones entre las que destacan aquellas que la adscriben al estructuralismo y al postestructuralismo. Aunque Barthes aceptó el calificativo de estructuralista, e incluso lo empleó para referirse a algunos de sus textos, lo hizo a partir de una concepción muy precisa del estructuralismo, vinculada estrechamente con su interés por los mecanismos de significación. El objetivo de este artículo es examinar tal concepción del estructuralismo desarrollada por Barthes y determinar en qué medida puede aplicarse a su propio pensamiento.

Palabras clave: Roland Barthes, significación, estructuralismo, postestructuralismo.

Between structuralism and post: patterns of signification in Roland Barthes

Abstract

The work of Roland Barthes has always been open to various categorisations, two of which are structuralism and poststructuralism. Although he accepted the label of structuralist, using it himself as a reference to some of his texts, it was only regarding a very specific conception of structuralism which is closely linked to his interest in the mechanisms of signification. The aim of this article is to examine this conception of structuralism that Barthes developed and find out to what extent it can be applied to his own thoughts.

Keywords: Roland Barthes, signification, structuralism, poststructuralism.

A pesar de las viejas y enconadas desavenencias a la hora de determinar qué se entiende por “estructuralismo” en el amplio marco de las ciencias humanas, existe cierto consenso en lo referente a uno de los principales motivos de tan constantes desacuerdos: la vocación interdisciplinar del método estructural, que lo ha hecho emigrar desde los fonemas hasta las revistas de moda, pasando por las relaciones de parentesco, la literatura o la lucha de clases. Esta versatilidad epistemológica del estructuralismo, que hace de su delimitación una empresa incierta y controvertida, explica la diversidad de pareceres al respecto, pero sirve también para comprender la presa tan jugosa que ofrece a toda aquella historia del pensamiento que se alimente de las comodidades ofrecidas por los rótulos y las categorizaciones bien redondeadas. Por sus ubicuas ramificaciones –desde la lingüística o la antropología al cine–, el estructuralismo se presenta como una mercancía muy valiosa para su difusión a través de los medios de comunicación de masas, de los que ha sido víctima y, en cierto sentido, también beneficiario.

Sin embargo, la transparencia exigida por los medios de comunicación –y, en ocasiones, por las aulas– a la hora de historiar el devenir del pensamiento francés contemporáneo, se ve empañada por ciertos hechos, por autores y textos, que se resisten obstinadamente –y, según el caso, más o menos públicamente– a ser arrastrados por el afán taxonómico y esquematizador de una historia del pensamiento cómoda y digerible. El objetivo de esta contribución es examinar uno de estos casos, el de Roland Barthes, con la intención de contribuir a la incesante tarea de repensar las categorías históricas del estructuralismo y de su “post”.

El caso de Roland Barthes es diferente al de otros pensadores que han sido considerados “estructuralistas”. Mientras que algunos, como Foucault o Lacan, han renegado de este calificativo, Barthes lo tolera, e incluso lo emplea para referirse a cierta etapa de su propia trayectoria. No hay que dejarse engañar, sin embargo, por la aparente transparencia de las clasificaciones que este autor traza sobre su obra, ni tampoco conviene guiarse por los titulares periodísticos y las abundantes exposiciones de manual, que no dudan en asociar su nombre al del estructuralismo, con el ánimo de que esta ecuación figure en los anales de la historia del pensamiento. El tono y la intención con la que Barthes se aplica a sí mismo el rótulo de “estructuralista” dista mucho de la seriedad científica con la que Claude Lévi-Strauss, por ejemplo, se refiere a su propia antropología como “estructural”. Aún más, el

uso que hace Barthes de este calificativo se aleja, en ocasiones, de otras tantas formas de seriedad: en varias ocasiones se refiere a su manía de conservar la misma organización del espacio o la misma disposición de los útiles de escritura en su casa de campo y en la de París como un rasgo propio de un estructuralista, pues demuestra la prioridad del sistema sobre los objetos que lo constituyen¹. Ahora bien, esta broma no se reduce a mera anécdota, sino que es afín a lo que bien puede considerarse un sólido posicionamiento teórico de serias implicaciones epistemológicas. Si hemos de tomar con humor este tipo de comentarios, proferidos por Barthes en muchas de sus numerosas entrevistas, es necesario observar también que en ellos está presente la mordacidad de tintes cínicos –según el antiguo sentido de “cinismo” como oposición crítica a ciertas convenciones– la mordacidad –decíamos–, con la que algunos de sus más afinados planteamientos teóricos corroen tanto los presupuestos epistemológicos de ciertos saberes como la infraestructura académica que los respalda.

Roland Barthes, por tanto, se considera a sí mismo estructuralista –al menos en lo referente a cierta etapa de su pensamiento–, o permite que lo califiquen así, pero lo hace con un fino cinismo que vuelve problemático el aprovechamiento de este rótulo con vistas a la construcción de una historia sencilla y digerible del pensamiento francés contemporáneo. Y, no obstante, abundan los “manuales” que se han nutrido de la puesta en escena de un Barthes “estructuralista”, con la Escuela Práctica de Altos Estudios a principios de los sesenta como apasionante y novelesco escenario. Las razones en las que se apoya este enfoque de los hechos son varias, y es preciso que nos detengamos en ellas antes de examinar las objeciones que, desde los textos de Barthes, se le pueden plantear.

La primera “evidencia” que –desde la perspectiva de una historia sencilla y confortable– lo hace merecedor de ocupar un puesto de honor en la “historia del estructuralismo” es, además de su propio reconocimiento como tal, la presencia en su escritura de un léxico conceptual heredado directamente de Saussure y de Lévi-Strauss. Aunque en sus *Mitologías*² asomaron ya algunos términos proporcionados por sus primeras lecturas de Saussure –aún algo inmaduras, como manifestó Mounin con virulencia³–, es en la publicaciones de principios de los sesenta –*Ensayos críticos*⁴ o “Elementos de semiología”⁵– en las que aparece un uso más articulado de este instrumental conceptual. Con “Elementos de semiología”, por ejemplo, Barthes explora las bases de la nascente semiología a partir del análisis de cuatro parejas de términos tomados de la lingüística (significante/significado, paradigma/sintagma...). La filiación saussureana del texto es obvia, si bien la idea de que la semiología se construya a partir de la lingüística es justo la contraria de la que sostuvo Saussure.

Precisamente, la propuesta de que la lingüística sea el modelo de la semiología –y no al contrario, como defendió Saussure– explica que se haya denominado “semiología estructural” a la disciplina a cuya constitución contribuyó notablemente Barthes con diversas obras –como su célebre *Sistema de la moda*⁶– publicadas en la década de los sesenta. Esta semiología, heredera de la lingüística de raigambre saussureana, no sólo ha

1 Calvet, L. J., *Roland Barthes. Una biografía*, Barcelona, Gedisa, 1992, pp. 207-209.

2 Barthes, R., *Mitologías*, Madrid, Siglo XXI, 2000.

3 Mounin, G., “La semiología de Roland Barthes”, en *Introducción a la semiología*, Barcelona, Anagrama, 1972, pp. 217-226.

4 Barthes, R., *Ensayos críticos*, Barcelona, Seix Barral, 1983.

5 Barthes, R., “Elementos de semiología”, en Barthes, R., *La aventura semiológica*, Barcelona, Paidós, 1997, pp. 17-83.

6 Barthes, R., *Sistema de la moda*, Barcelona, Gustavo Gili, 1978.

ligado el nombre de Roland Barthes con el epíteto de “estructuralista”, sino que ha favorecido la institucionalización del estructuralismo como escuela o movimiento académicamente reconocido. En principio, este reconocimiento tuvo lugar por medio de los seminarios impartidos en la Escuela Práctica de Altos Estudios, es decir, se gestó a través de un organismo que, aunque anejo a la Universidad, albergaba una labor docente e investigadora de un cierto carácter heterodoxo. Más adelante, la enseñanza universitaria tradicional fue asimilando progresivamente la semiología estructural, hasta que la Sorbona, desde la que en 1965 habían partido los furibundos ataques de Raymond Picard contra la *nouvelle critique*, acabó por demostrar definitivamente el reconocimiento y la aceptación del trabajo de Barthes al concederle, en 1976, la cátedra de semiología literaria en el Colegio de Francia⁷.

Otra poderosa razón por la que los manuales de historia del pensamiento y de teoría literaria emplazan a Barthes –o, al menos, a parte de su trayectoria– en el capítulo dedicado al “estructuralismo francés” es, sin duda, la intensa dedicación de éste a la narratología. En el marco de la perspectiva semiológica a la que nos hemos referido, Barthes indaga en los fundamentos del análisis estructural de los relatos, constituyendo éste uno de los temas sobre los giran sus seminarios durante la década de los sesenta. Este constante trabajo de investigación colectiva que Barthes dirige, con la participación de figuras como Gérard Genette, Sollers, Julia Kristeva, Tzvetan Todorov o Christian Metz, da lugar a publicaciones como su “Introducción al análisis estructural de los relatos”⁸, y coincide parcialmente en propósito y método con la trayectoria que otros colegas como A. J. Greimas o Umberto Eco seguían en aquél momento. La publicación conjunta *Análisis estructural del relato*⁹ es una clara manifestación de esta convergencia de pareceres en lo relativo al análisis narratológico.

Encrucijadas de este tipo favorecieron la rápida creación de la imagen pública del estructuralismo. Con coincidencias de momento o de lugar, de estilo o de tema, se escriben titulares en la prensa que hacen converger la trayectoria de diversos autores en la figura histórica de la corriente o la escuela de pensamiento. Nos acabamos de referir a los seminarios de la Escuela Práctica de Altos Estudios y a las publicaciones conjuntas, pero puede recordarse también, por ejemplo, lo tentadoramente emblemática que resulta la fecha de 1966, año de publicación de los *Problemas de lingüística general*, la *Semántica estructural* y *Las palabras y las cosas* escritos por Benveniste, Greimas y Foucault, respectivamente. En una época en la que libros de ciencias humanas como los escritos por Lévi-Strauss o Jacques Monod se venden en Francia tanto como novelas populares, y autores como Lacan “alimentan la crónica periodística casi tanto como el Goucourot o el Renaudot”¹⁰, el mercado mediático abona el terreno para la aparición de modas tanto en las pasarelas como en las aulas. Lo *estructuralista* podría desfilarse, por tanto, junto con el último Citroën o la portada de la revista *Elle* como *mito* contemporáneo ante la mirada *semioclasta* que Barthes –desmitificador, pero también figura mitificada– pone en práctica en sus *Mitologías*¹¹.

7 Calvet, L. J., *Roland Barthes. Una biografía*, op. cit., p. 224; Wahnón Bensusan, S., “Lección permanente de Roland Barthes”, *Discurso*, 6, 1991, p. 70.

8 Barthes, R., “Introducción al análisis estructural de los relatos”, en Greimas A. J., et. al., *Análisis estructural del relato*, Buenos Aires, Tiempo Contemporáneo, 1970, pp.7-39.

9 Greimas A. J. et. al., *Análisis estructural del relato*, op. cit.

10 Calvet, L. J., *Roland Barthes. Una biografía*, op. cit., p. 173.

11 Barthes, R., *Mitologías*, op. cit.

Los franceses, dice Ernesto Sábato¹², tienen un gran talento para juntar a cinco o seis escritores, o cineastas, o bien intelectuales de diverso pelaje que nada tengan en común, colocarles un rótulo y conseguir que al poco tiempo en Tokio o en Buenos Aires se discuta interminablemente sobre esa escuela inexistente. Sin que sea necesario llegar a la disolución de toda la entidad histórica y teórica del estructuralismo, es deseable, al menos, dilucidar las condiciones de posibilidad en que puede hablarse de este método o corriente en las ciencias humanas y de las coordenadas en las que localizar su desarrollo histórico. Conviene recordar, no obstante, que precisamente un rasgo que caracteriza a los autores pertenecientes a esta “corriente” es que han trabajado en el socavamiento de conceptos tales como historia, autor, antecedente o nombre propio¹³. En ocasiones, la controvertida tarea que ha acompañado constantemente al estructuralismo y a su “post”, la de definir sus fronteras, se ha abordado –especialmente en el caso del primero– distinguiendo por un lado entre un “método estructural” –con la consiguiente división de campos en los que se aplica–, y, por otro, una determinada cosmovisión a la que se ha denominado “estructuralismo ontológico”¹⁴.

Por haberse convertido en uno de los referentes clave del estructuralismo francés, Roland Barthes se nos presenta como una prometedora oportunidad para clarificar los perfiles del estructuralismo y fijar sus fronteras con el postestructuralismo, aunque, en este caso, las fronteras, más que fijación, necesitan cierta movilidad que acabe con la simplificadora visión de una historia narrada a base de clausuras y sucesiones. Hemos pasado revista a las evidencias en las que se ha apoyado la historia canónica del estructuralismo para asignar este rótulo a Barthes. Tenemos, por un lado, la presencia de un léxico heredado de Saussure y Lévi-Strauss –entre otros–, y por otro lado, la práctica de una semiología estructural y la constitución de un campo de investigación: el análisis estructural del relato. Es decir, según esta perspectiva, en Barthes puede hallarse un pensamiento “estructural” porque “estructural” son sus herramientas conceptuales, su semiología y sus investigaciones narratológicas. Sólo falta dotar de contenido al vocablo para juzgar si es válida su aplicación a la trayectoria teórica seguida por Roland Barthes. La interpretación de su pensamiento basada en elementos externos a éste, en criterios contextuales –deudas de concepto o de perspectiva con sus “maestros”, coincidencias más o menos circunstanciales con colegas, repercusiones sobre las instituciones académicas...– se muestra, como puede observarse, manifiestamente insuficiente. En términos barthesianos –importados, en este caso, del estricto campo de la crítica literaria–, una *crítica analógica* de Barthes, de sus textos, una lectura de éstos amparados en la biografía, en un “análisis fino de las circunstancias”¹⁵, en elementos trascendentes a la obra analizada, erosiona los contrastes con otros discursos, y alimenta el mito bien redondeado del autor, de su escuela, de la personalidad teórica¹⁶.

Nuestro propósito aquí –ya lo hemos adelantado– es esbozar las objeciones que constituyen ciertos elementos de los textos de Barthes –internos a ellos– frente a una clasificación clara e indubitable de este autor en los terrenos del estructuralismo o de su “post”, con el objetivo último de que este examen contribuya a repensar, en un marco más

12 Sábato, E., *El escritor y sus fantasmas*, Buenos Aires, Aguilar Argentina, 1971.

13 Parrilla Rubio, M. V., “La culpa la tuvieron los franceses, o el estructuralismo y el “post””, en Diéguez, A., y Atencia, J. M. (eds.), *Historia sencilla de la filosofía reciente*, Málaga, Aljibe, 2003, p. 77.

14 Descombes, V., *Lo mismo y lo otro. Cuarenta y cinco años de filosofía francesa (1933-1978)*, Madrid, Cátedra, 1982; Eco, U., *La estructura ausente: introducción a la semiótica*, Barcelona, Lumen, 1989.

15 Barthes, R., “Las dos críticas”, en Barthes, R., *Ensayos críticos*, op. cit., p. 294.

16 Wahnón Bensusan, S., “Lección permanente de Roland Barthes”, op. cit., p. 59.

amplio, tanto la categoría de estructuralismo como la de postestructuralismo; ya que, si se reformulan los límites de una, se trastocan también los de la otra. Dado que estas dos categorías son limítrofes y mutuamente dependientes, es fácil buscar en las anteriores razones por las que se ha emplazado al Barthes de los sesenta en el estructuralismo y los correspondientes argumentos que han servido para etiquetar como postestructuralista al de los setenta. Es preciso recordar, no obstante, la doble interpretación de la variada trayectoria de este autor que ofrecen los libros de consulta, los manuales –especialmente de teoría o crítica literaria, pero también numerosas “historias del pensamiento”¹⁷: por un lado se presenta a Barthes como una figura camaleónica, que se ha fraccionado en multitud de discursos heterogéneos e irreductibles entre sí; por otro, se enfatiza una de sus posiciones teóricas –la del estructuralismo, por lo general– y se consideran las etapas previas y posteriores, respectivamente, como la antesala y el epílogo de su madurez teórica, tal como demuestra la acogida que en Francia y en el extranjero recibieron las obras de este período. Así pues, como hemos indicado, es fácil buscar, a partir de cada una de las citadas pruebas a favor de su estructuralismo, aquellas otras que, por contrapartida, apoyan la posterior pertenencia –1968 suele ser elegida como fecha de referencia– de Barthes al postestructuralismo. Si hemos hablado de un léxico de factura estructuralista en sus obras de los sesenta –*Ensayos críticos*¹⁸, “Elementos de semiología”¹⁹...–, puede igualmente hallarse uno de raigambre postestructural en sus posteriores publicaciones –*S/Z*²⁰, *El placer del texto*²¹... Si nos hemos referido al entramado de contactos personales e institucionales con figuras adscritas al estructuralismo –Greimas o Genette, por ejemplo– que rodea a Barthes en la época de sus primeros seminarios, puede igualmente seguirse el rastro que dejó a su paso por el círculo de *Tel Quel*, revista en la que por aquel entonces participaban Sollers, Foucault o Derrida. Y si, por último, se ha señalado la práctica y el desarrollo de un cierto análisis narratológico como un contundente indicio que delata a Barthes como estructuralista, puede también apelarse a la crítica que realiza en *S/Z*²² de este tipo de análisis para hacerle partícipe del declive que en los setenta experimentó la ola de estructuralismo tan extendida en la década anterior. Toca ahora desarticular estas certezas acudiendo a los textos de Barthes para determinar en qué sentido puede –o no– predicarse de sus posiciones teóricas las categorías del estructuralismo o su “post”.

En uno de los muchos artículos y entrevistas en los que Barthes se refiere en términos explícitos al estructuralismo, “La actividad estructuralista”, manifiesta tajantemente que éste no es una escuela ni un movimiento, y que apenas puede considerarse como un léxico²³. Es posible –sostiene– identificar un cuerpo de conceptos metodológicos (significante y significado, sincronía y diacronía..., ya nos hemos referido a ellos) que constituyen el “metalenguaje intelectual” empleado por un modo de pensamiento, de pensamiento científico, al que cabe denominar estructuralista; esto es posible, pero dicho pensamiento no agota la amplitud del término estructuralista, y por tanto su caracterización léxica resulta ser insuficiente²⁴. Pero si las fronteras del estructuralismo sobrepasan las de la ciencia, e incluso las de cualquier forma de “pensamiento” o de análisis, ¿qué tipo de

17 Ibid., p. 61.

18 Barthes, R., *Ensayos críticos*, op. cit.

19 Barthes, R., “Elementos de semiología”, op. cit.

20 Barthes, R., *S/Z*, México, Siglo XXI, 1987.

21 Barthes, R., *El placer del texto*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1982.

22 Barthes, R., *S/Z*, op. cit.

23 Barthes, R., “La actividad estructuralista”, en Barthes, R., *Ensayos críticos*, op. cit., p. 255.

24 Ibid., p. 256.

procedimiento o de prácticas abarca? Según Barthes, “existen escritores, pintores, músicos, para quienes un determinado *ejercicio* de la estructura (y ya no solamente su pensamiento) representa una experiencia distintiva”, y ello justifica que se les pueda considerar “bajo el signo común de lo que podría llamarse el *hombre estructural*, definido, no por sus ideas o sus lenguajes, sino por su imaginación, o mejor aún su *imaginario*, es decir el modo con que vive mentalmente la estructura”²⁵.

Ya en un artículo previo, Barthes se había referido al imaginario o imaginación propia del estructuralismo: tras distinguir entre tres conciencias del signo, de las que a su vez se derivan tres tipos de imaginación vinculadas a una variada gama de objetos, Barthes define el estructuralismo por la aparición de la tercera de estas tres conciencias o imaginaciones, la que se denomina “sintagmática” o “estemmática” en oposición a la “simbólica” y a la “paradigmática”, y que dirige su atención sobre –puede decirse que literalmente “ve”– la fabricación de un objeto, el ensamblaje de partes móviles y sustitutivas cuya combinación produce un objeto nuevo²⁶. Con esta conciencia “sintagmática” del signo están emparentadas –aventura Barthes– creaciones de los más variados órdenes: tanto un cuadro de Mondrian como una obra de Butor, pero también –como más adelante aclara en “La actividad estructuralista”– las muy diversas investigaciones de Troubetzkoy, Propp o Lévi-Strauss, por ejemplo²⁷. Dirigiendo nuestra atención de nuevo hacia este artículo –“La actividad estructuralista”²⁸–, nos encontramos con una propuesta más precisa con la que Barthes afronta el problema de la heterogénea variedad de autores y obras que conciernen al estructuralismo, en la que se dan cita artistas y críticos, analistas y creadores. Como ya anticipa el título del artículo, Barthes defiende no sólo que es posible hablar de una “actividad estructuralista”, sino que además resulta más conveniente hablar de “actividad” que de “obras” estructuralistas: “Puede decirse que en relación con *todos* sus usuarios, el estructuralismo es esencialmente una *actividad*, es decir la sucesión regulada de un cierto número de operaciones mentales”; y, como añade algo más adelante, “el objetivo de toda actividad estructuralista, tanto si es reflexiva como poética, es reconstruir un “objeto”, de modo que en esta reconstrucción se manifiesten las reglas de funcionamiento (“las funciones”) de este objeto”, esto es –puede añadirse–, se trata de ejercer la imaginación “sintagmática” a la que nos hemos referido más arriba²⁹. La especificidad del estructuralismo frente a otras formas de análisis o de creación radica, entonces, en el uso de una técnica orientada a recomponer el objeto, de deshacerlo y reconstruirlo, con la intención de hacer aparecer sus funciones: “El hombre estructural toma lo real, lo descompone y luego vuelve a recomponerlo”³⁰. Por ello, *técnicamente* no hay diferencia entre el estructuralismo científico y el arte o la literatura que ponen en práctica esta actividad de recorte y ensamblaje: Troubetzkoy “reconstruye el objeto fónico bajo la forma de un sistema de variaciones”, mientras que Boulez o Butor “ensamblan un determinado objeto, que se llamará precisamente *composición*, a través de la manifestación regulada de determinadas unidades y de determinadas asociaciones de estas unidades”³¹.

25 Ídem.

26 Barthes, R., “La imaginación del signo”, en Barthes, R., *Ensayos críticos*, op. cit., pp. 252-253.

27 *Ibid.*, p. 253; Barthes, R., “La actividad estructuralista”, op. cit., p. 257-258.

28 Barthes, R., “La actividad estructuralista”, op. cit.

29 *Ibid.*, p. 256-257.

30 *Ibid.*, p. 257-258.

31 Ídem.

Desde este punto de vista, puede afirmarse –así lo hace Barthes– que “el estructuralismo es esencialmente una actividad de imitación”, pero entendiendo imitación como “una *mimesis* fundada no en la analogía de las sustancias (como en el arte llamado realista) sino en la de las funciones”³². Al recomponer el objeto lo que se está haciendo es construir un nuevo objeto que imita al primero, un *simulacro*, que, sin embargo, no constituye una copia exacta del objeto natural, pues introduce con respecto a éste una diferencia mínima pero crucial: pone de manifiesto la categoría funcional del objeto³³. Para Barthes este añadido es decisivo, pues constituye la producción de lo *inteligible general*: el simulacro es el intelecto aplicado al objeto, “y esta adición tiene un valor antropológico, porque es el hombre mismo, su historia, su situación, su libertad y la resistencia misma que la naturaleza pone a su espíritu”³⁴.

Como puede observarse, para Barthes esta particular forma de *mimesis*, posible tanto para el discurso artístico o literario como para el científico, tiene un alcance netamente antropológico. Ahora bien, esto no significa que la actividad estructuralista constituya un rasgo universal de ser humano, pues aunque saca a la luz “el proceso propiamente humano por el cual los hombres dan sentido a las cosas”, el estructuralismo conlleva una práctica o trabajo del sentido cuyas condiciones de posibilidad aparecen –según Barthes– en unas coordenadas históricas y sociales precisas³⁵. Con el trabajo de descomponer y recomponer sus objetos, el “hombre estructural” se hace *homo significans*, fabricante de sentidos, que busca, “más que asignar sentidos plenos a los objetos que descubre, saber cómo el sentido es posible, a qué precio y según qué vías”; se trata –afirma Barthes en otra ocasión–, de entrar en “la cocina del sentido”³⁶. Si el antiguo griego interrogaba el sentido de la naturaleza, “advertía en el orden vegetal o cósmico un inmenso *temblor* del sentido, al que dio el nombre de un dios: Pan” –explica Barthes remitiéndose a Hegel–, el hombre estructural presta también sus oídos a lo natural, pero en este caso se trata de “lo natural de la cultura”, y el temblor es el de “la máquina inmensa que es la humanidad procediendo incansablemente a una creación del sentido, sin la cual ya no sería humana”³⁷. Para esta nueva forma de conciencia o de imaginación, para el hombre estructural, la fabricación de sentidos se hace más esencial que los sentidos mismos, que la búsqueda de sentidos estables, terminados, “verdaderos”; el artista, el analista estructural, rehace el camino del sentido, pero sin designarlo, “dice el lugar del sentido, pero no lo nombra”³⁸.

Una de las vías por las que discurren los textos de Barthes es precisamente la que remonta el curso del sentido, la que hace visible el proceso de la significación recorriéndolo a la inversa, es decir, desarticulando los sentidos ya constituidos y desentrañando su fabricación. Es posible rastrear en la escritura de Barthes la mirada atenta a la significación, buscándola tanto en su labor desmitificadora, ejercida durante la década de los cincuenta, como, más tarde, en sus pesquisas sobre la “exención del sentido” en un Oriente que es más semiológico que geográfico. Claro está que esta preocupación se modifica según las diversas atmósferas que Barthes respira a lo largo de su trayectoria –allí el existencialismo, luego el estructuralismo, más tarde *Tel Quel...*–, pero en el trasiego de unos a otros edificios conceptuales perviven ciertos elementos recurrentes que están estrechamente vinculadas

32 Ibid., p. 257.

33 Ibid., p. 257, 260.

34 Ibid., p. 257.

35 Ibid., p. 260-261.

36 Barthes, R., “La literatura, hoy”, en Barthes, R., *Ensayos críticos*, op. cit., p. 190.

37 Barthes, R., “La actividad estructuralista”, op. cit., pp. 261-262.

38 Ídem.

con la producción de sentido. En plena actividad estructuralista de Barthes, sus textos manifiestan el constante interés por la “suspensión del sentido”, como antes se preocupaba por su clausura en el mito y más adelante investigará su “exención”. Pero en todos estos casos, la pregunta por la significación se dirige hacia aquel discurso, aquella escritura o aquel objeto en el que se ponga de manifiesto, de una u otra manera, las condiciones de posibilidad del sentido.

